Pétalos y espinas de mi Sendero

PQ
7797
.B26
P47
1945

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 1 1994
THEOLOGICAL SEMINARY

PQ
7797
.B26
P47
1945

Al Dr. Juan A. Mackay,
humilde homenaje
de su consiervo en Cristo,
Santa Alberto Rabini.

PETALOS
Y ESPINAS DE MI SENDERO

Bs. As., 7-9-1946

OBRAS DEL MISMO AUTOR

En Portugués

A Etica na Religião Cristã - São Paulo, Brasil, 1928.
Estevão (Cuento) - São Paulo, Brasil, 1929.
Os Ensinos de Jesús - São Paulo, Brasil, 1938.
A Ação Social da Igreja - São Paulo, Brasil, 1938.
Jesús de Nazaré - São Paulo, Brasil, 1939.

En Castellano

El Padre Nuestro - Bs. Aires, 1940.
El País de las Siete Casas (Alegoría) - Bs. Aires, 1941.
La Acción Social de la Iglesia - Bs. Aires, 1944.
La Supereminencia de Jesús - Bs. Aires, 1941.
Peregrinaciones de mi Espíritu (prosas poéticas) - Bs. Aires, 1942.
Las Enseñanzas de Jesús - Bs. Aires, 1943.

Próximas Publicaciones

En Portugués

O Pai Nosso.
Meditações do Meu Caminho.

En Castellano

Esteban (Cuento).
Jesús de Nazaret.
Colaboradores de Dios (Manual de Evangelización).
La Carta Fundamental del Cristianismo (El Nuevo Testamento).
Del Fango a las Estrellas (prosas poéticas).

Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

PETALOS Y ESPINAS DE MI SENDERO

POR

SANTE UBERTO BARBIERI

DE LA FACULTAD EVANGELICA DE TEOLOGIA
DE BUENOS AIRES

Y MIEMBRO EFECTIVO DE LA ACADEMIA RIOGRANDENSE DE LETRAS
DEL BRASIL.

Presentación por *Adam F. Sosa*

Ilustrado por *Nazar Haleblian*

de Buenos Aires, República Argentina

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 1 1994
THEOLOGICAL SEMINARY

EDITORIAL "LA AURORA"
CORRIENTES 728 — Bs. AIRES

CASA UNIDA DE PUBLICACIONES
APARTADO 97 BIS - MEXICO, D. F.

Prefacio

"...yo no doy ideas, no doy conocimientos; doy pedazos del alma."

DON MIGUEL DE UNAMUNO

Presentación

LA AMISTAD, máxime cuando está cimentada en una íntima afinidad de ideales, impone obligaciones cuyo descargo constituye un placer al par que un deber.

Tal, en mi caso, esta necesidad afectiva en que me veo, de responder al requerimiento del amigo Barbieri, de unas palabras de presentación para este volumen suyo de prosas poéticas, al que él mismo no ha querido anteponer más prólogo que las palabras de Unamuno que ya habrás leído a modo de lema.

La amplia difusión que tuvo el primero de los libros de esta índole que Barbieri publicó entre nosotros —Peregrinaciones de mi espíritu— *inaugurando un nuevo género en la producción literaria evangélica en nuestro idioma, me exime de toda necesidad de ponderar el contenido de éste, que, por otra parte, no es para ser alabado, sino gustado y meditado en la quietud y el recogimiento del santuario interior de cada cual.*

Al recorrer estas páginas, caro lector, como por un pórtico abierto al infinito, saldrá a tu encuentro el alma del autor, para secretearte al oído lo que le dijo el humo, la flor, la nube, el pajarillo, la hoja seca, la nieve o la onda de la mar. ¿Puede aspirarse a un deleite más puro que el de escuchar la voz de Dios hablándonos en las cosas simples e ingenuas del diario vivir?

No te detengo más. Pasa ya los umbrales del pórtico, tras los cuales te aguarda la emoción hecha palabras, y ojalá no abandones la romántica aventura antes de haber hallado el Mensaje que puede estar esperándote, a ti, en cualquiera de estas páginas que son "pedazos del alma".

Buenos Aires, julio de 1944.

ADAM F. SOSA.

Lirios Blancos

NOCHE mal dormida, excitación de los nervios,
noche larga en que los minutos rolaban perezosamente,
en la obscuridad...
Conté las horas martilladas en el campanario,
— sonidos graves, casi dolientes y angustiosos,
de las horas que se van,
que se van para no volver más...
¿Para dónde se ausentan las horas?
¡Cómo huyen ligero, con nuestra ventura!
¡Cuánto tardan en irse, con nuestra desdicha!
¿Para dónde van las horas, oh Señor?
¿Corren ellas tras nuestras ilusiones?
¿Se ahogan en el mar de lo inconmensurable?
¿O vuelven sobre sí mismas para repetirse en la sucesión de los siglos?
Preguntas en la noche mal dormida;
inquietud del alma, mirando desde la ventana de los tiempos...
ansiedad, deseo de librarme hacia el espacio, de volar.
¿Volar? ¿Para dónde?

Quise volar en la noche, sumirme en las alturas,
cubrirme del encanto del silencio sidéreo
para conversar con los ángeles
que, desde los vergeles celestiales,
bajan a la tierra para recamar de gracia los campos,
de sonrisas los labios de los niños,
de ensueños la fantasía de la juventud
y de una postrera esperanza el alma que no quiere librarse al abismo.

* * *

El alba surgió bañada de rocío,
clara, risueña, brillando bajo un sol primaveral;
pulsaba la vida en cada cosa
y en cada cosa había un canto,
como el canto de la avecilla en el frutal.
Y, al color festivo de la mañana jubilosa,
se juntó la ofrenda floral de una mano amiga:
un lindo ramo lozano de lirios blancos,
mensaje de belleza, gentil manifestación de la amistad.
Reposaron los ojos sobre el albor de las flores
y su plácida serenidad me acarició el inquieto corazón
y la frescura de los tallos hizo vibrar mis fibras.
Y a través de ellas llegó un mensaje a mi alma atribulada:

"¿Por qué te afanas, hombre de fe tan pequeña?
Mira los lirios del campo,
ellos crecen, pero no trabajan ni hilan;
como ellos, ni el gran rey Salomón,
con toda su gloria, se vistió.
¿No cuidará, pues, Dios también de ti?"

* * *

Miré, en la mañana, las nubes que arrastraba el viento
y tuve la sensación de que llevaban en su seno mi dolor,
para lejos, para lejos, más allá del azul del cielo,
mientras entre mis manos, contra el turbado pecho
los lirios me decían que tuviese esperanza, que tuviese fe...

Primavera de 1941.

¡Piensa!

No temas dar alas a tu pensamiento.
Déjalo investigar nuevos rumbos,
intrincados,
vírgenes,
peligrosos.
En la ruda experiencia,
osando,
vigilando,
avanzando,
se hará fuerte y vigoroso;
héroe de hazañas imprevistas,
conquistador de posiciones estratégicas,
libertador de energías encadenadas,
creador genial de un nuevo dominio,
donde será señor
y rey.

No conviertas tu pensamiento en esclavo;
aunque admires el pasado,
no lo encadenes a lo que fué:
a la tradición,
a la costumbre,
al servil despotismo de ídolos muertos
y embalsamados.
Respeta el don de pensar
con que Dios te ha dotado.
Busca,
analiza,
experimenta.
En la hondura,

bajo la corteza del tiempo
o del prejuicio,
hallarás la verdad:
clara,
luminosa,
eterna.

"Conoceréis la Verdad,
y la Verdad os dará Libertad",
dijo el Gran Maestro de Galilea
a los tradicionalistas del templo,
a aquellos que habiendo aceptado un sistema,
ciegamente,
obstinadamente,
tenían miedo de mirar hacia la Luz.
Jesús nos empuja hacia la Verdad,
El nos liberta del yugo avasallador
de autoridades caducas
y dogmas anacrónicos.
Nos invita a que busquemos,
con redoblado esfuerzo,
con aguda inteligencia,
con honesto afán:
el misterio de la vida,
el secreto del dolor,
la profundidad de la muerte,
la fascinación de lo desconocido
y el embrujo de la aventura.

¡No te detengas!
¡Oh, no te detengas,
delante de la puerta cerrada,
del mar infinito,
del espacio ilimitado,
del secreto,
del enigma!
Martillea,
aventúrate,
suelta el vuelo,
obstínate,
persevera.

No lo tientes una,
o dos,
o diez veces. . .
Tiéntalo hoy,
mañana y siempre:
hasta que halles lo que buscas,
hasta que recibas lo que pides,
hasta que se te abra la puerta,
impotente ya para resistir a tu llamada.
Entonces entrarás a poseer,
meritoriamente,
el tesoro de tus búsquedas,
donde ya vivía tu deseo,
y palpitaba tu aspiración.

Y lo que tendrás,
poco o mucho,
regio o miserable,
será realmente tuyo
porque lo habrás conquistado
con tu esfuerzo,
con tu inquietud,
con tu sudor,
con tus lágrimas,
con tus angustias,
con tus ansiedades,
con las idas y las vueltas,
con las subidas y las bajadas,
con los desengaños de ayer
y los reveses de hoy,
haciendo y deshaciendo,
tentando y experimentando,
sumando y substrayendo,
hasta darlo y osarlo todo,
hasta agotar toda paciencia,
hasta tentar todos los recursos,
hasta juzgar que todo había sido en vano:
una locura,
una manía
una pesadilla,

un engaño,
un espejismo;
para empezar de nuevo,
una y mil veces,
obedeciendo a la voz inmortal de la fe
que te decía:
"Tienta una vez más,
el mañana te revelará el misterio;
¡prosigue adelante!"

¡Piensa!
Piensa siempre,
piensa por ti mismo:
porque cuando pienses hondo
y pienses sinceramente,
el pensamiento se te convertirá en dínamo,
y dínamo tan irresistible
que, aunque te dijeran inequívocamente
que tu misterio es insondable,
te arrojarías al abismo
por el gozo inefable de morir
tentando lo imposible.

Buenos Aires, enero de 1942.

Oración

PADRE Nuestro,
mi alma está arrodillada ante Ti.
Ella te busca,
tiene sed de Ti.
¡Cuánto tiempo estuve sediento,
de alguien que fuera superior a mis fuerzas,
más perfecto que mi inteligencia,
más profundo que mis sentimientos,
más vasto que mi afecto,
y que me diese sombra bajo el sol ardiente,
calor en el frío intenso,
que me fuese compañero en la soledad
y amigo comprensivo en el dolor!
Sólo en Ti he poseído todo eso
que mi espíritu anhelaba.
Sólo en Ti,
habiéndote hallado en el rostro resplandeciente de Cristo,
el Revelador y el Guía
de todo aquél que en la vida busca Luz y Dirección
y tiene sed y hambre de Justicia.

* * *

¡Gracias, Padre!
Sí, déjame que Te llame Padre,
una, dos, mil veces...

que sienta que este Universo tiene corazón—
Tu corazón;
que sienta que en este mundo gobierna un Espíritu Superior—
Tu Espíritu;
el cual me da la certidumbre de que ni principio ni fin
son el caos,
sino Orden, Mente y Misericordia
y que Tú que has sido,
eres y serás TU MISMO—
Presencia inevitable,
Realidad indestructible,
Amor inagotable—
Refugio donde me abrigue,
ahora y siempre.

* * *

A Ti, padre, oro,
seguro de que me escucharás.
Padre, perdona mi debilidad,
el fango que hay en mí me atrae al fango;
¡no lo permitas!
en las alas de la madrugada que despunta—
cada madrugada—
permite que mi espíritu suba a Ti
y reciba el beso paternal;
y cuando bajas las cortinas de la noche al atardecer—
cada atardecer—
haz descender con ellas el rocío de Tu bendición de Paz.

* * *

Señor, yo quiero ser *bueno:*
deseo que mi bondad sea como la de Jesús—
inagotable, paciente, sufrida—
bondad que redima y anime;
bondad que ilumine la mirada del abatido
y haga arder la llama de la vida en el corazón desilusionado.

Señor, yo quiero ser *veraz:*
veraz contra todas las mentiras del egoísmo despiadado;

veraz a despecho de las amenazas de los intereses encubiertos
y de las ventajas materiales ofrecidas infamemente
a todos aquellos que atan su carro al tren de las conveniencias momentáneas.

Señor, yo quiero ser *justo:*
justo con justicia que brinde una senda de paz a todo caminante;
con justicia que clame en calles y plazas
contra todo lo que es malo y perverso,
contra todo lo que explota el honor, el derecho y la vida de los demás
y que despilfarra sobre los surcos de la tierra
dolor, lágrimas, sangre e ingenio...

Señor, yo quiero ser *santo:*
límpiame manos, corazón y espíritu.
Sí, lávame las manos que han practicado malas acciones,
el corazón que ha engendrado planes deshonrosos
y el espíritu que ha penetrado en el abismo del cinismo y la duda.
Quita de mi ser todo vestigio de amargor,
toda espina que hiere,
toda hiel que envenena;
y tórname el alma alba como la nieve de la montaña,
sí, blanca como los lirios del valle...

Señor, yo quiero ser *sincero:*
ser en mi manifestación externa
lo que quiero ser en el receso de mi alma,
siempre y en todas partes,
mi propio YO,
el yo que me siento ser
y el yo que quiero crear en mí.
No, nunca permitas que sea "sepulcro blanqueado"
que conserva en el interior moho y podredumbre.
Quiero que al pasar Tu Espíritu
por el jardín interior de mi vida
no tenga que ocultarme en las manchas del camino
porque tema Tu mirada.

Hazme vivir de tal manera
que al oír el badajo de la eternidad,
sonar en las campanas del tiempo la hora de mi partida,
yo pueda volar hacia Tu seno,
diciendo,
como el Mártir del Gólgota,
"Padre, en Tus manos entrego mi espíritu".

Amén.

Buenos Aires, 11 de abril de 1942.

¡No Dejaré de Soñar!

He sido siempre un soñador
y siempre lo seré.
El ensueño es mi vida;
nube clara que navega por el cielo azul,
agua limpia que ríe y canta entre las rocas,
sangre inquieta que borbotea febrilmente en mis venas;
visión de un mañana que no ha llegado,
que llegará,
que vivirá.

¡Soñar!
¿Qué he soñado yo?
¡Oh, he soñado tanto, tanto!
¿Y por qué lo quieres saber tú?
Sueña tus ensueños que yo sueño los míos.
Cada uno tiene que construir su mundo,
cada uno tiene que vivir su vida,
sentir su dolor,

vencer sus batallas,
construir sus castillos
y enarbolar su bandera en el pico de la fe.

¡Oh, mis sueños!
Los quiero, los amo, los adoro.
Son tesoro de mi vida,
esperanza de los días que han de venir:
escudo y lanza de mi bregar.
Si lloro, me secan las lágrimas,
si me lamento, me dan aliento,
si me detengo, me empujan hacia adelante,
si obtengo una victoria, no me dejan desvariar con el delirio de la gloria.

¡Mis sueños!
Los míos no son sueños de fama,
ni de poder,
ni de gloria
ni de riquezas.
Son aspiración que trasciende lo material y lo vil.
Yo suspiro por poseer amor inagotable para con Dios y los hombres,
sueño con la conquista de un yo íntegro e invulnerable,
imagino un mundo donde la armonía del corazón humano suba bien alto
hasta alcanzar en los cielos
el amor inconmensurable de un Dios
que, por nosotros, descendió hasta la miseria terrenal
para sufrir sobre un árbol las agonías de un Padre
que recibe de las manos que ha plasmado
las heridas mortales de la ingratitud,
y de los labios que ha besado
el insulto trivial y rudo...

¡Mis sueños!
Los ensueños de mi adolescencia,
de mi juventud
y de mi edad madura
no han muerto.
No, ninguno de ellos.

Viven, palpitan, se acumulan y se agitan dentro de mí;
marea incansable que lleva a la playa de mis memorias
la blanca espuma de mis deseos más nobles
y de mis aspiraciones más hermosas.

Ese mundo de paz,
ese mundo de amor
y de justicia,
ese mundo feliz
poblado por una humanidad buena y sana
y que ha sido el eterno afán de mi mente,
no ha muerto,
no morirá.
Aunque los hombres,
enloquecidos por el odio,
embriagados por la ambición,
cegados por la idolatría,
estén sembrando los surcos de la tierra de las ruinas de tantos
ensueños nuestros,
que habían sido incorporados en obras;
aunque se destruya,
se mate,
se maldiga,
y se blasfeme,
ese sueño de un mundo bello,
el Reino de Dios,
nunca será derruído.
Aunque muera mi cuerpo y cese mi canto,
un día pasarán los tiranos
y con ellos morirá el eco de la última batalla;
y de la sangre y de las lágrimas
que bañan y bañarán la tierra,
florecerá el jardín de Dios,
con flores rojas y blancas
y verde césped,
donde el murmullo de las aguas
se unirá al cántico angelical
para anunciar que ha surgido para la humanidad
la aurora inextinguible
que, con rayos de amor,
besará para siempre la frente

de todo aquel que con sus plantas pise,
dichoso,
los caminos de la tierra,
sin que haya "valles de sombra de muerte",
traiciones y perjurios,
Getsemanís y Calvarios,
mas solamente el coro universal de las cosas
entonando,
de siglo en siglo,
el canto del triunfo eterno
sobre el cadáver del odio y de la muerte.

Buenos Aires, 15 de abril de 1942.

Cenizas...

Y EL viajero abatido,
por tanto andar,
al caer de la tarde,
en el otoño moribundo,
quejábase amargamente
mientras eran arrastradas,
por el viento,
en tumultuosa procesión,
las secas hojas amarillas
que, de los árboles caían, melancólicamente...
"Todo ha muerto.
¡No quedó sino el triste recuerdo
de mi tan hermoso ensueño!
Mi maravilloso jardín de la ventura,
plantado por mi irresistible afán,
se ha marchitado;
los senderos se han cubierto
de hojas secas;
y, entre las ramas desnudas,

ahora llora nostálgicamente el viento
sobre algo que vivió
y de lo cual sólo queda un lamento..."
Hubo una pausa larga y angustiosa...
Las sombras tiñeron de oscuro el cielo.
Unas pocas estrellas poblaron los caminos eternos
antes que continuara él su queja:
"¡Cómo brillaba vivaz la llama!
¡Qué crepitar más alegre el suyo!
Clarores rojos iluminaban mi sendero;
después fueron disminuyendo los destellos,
poco a poco se diluyeron en la lejanía
y el humo cubrió de gasa negra los tintes luminosos.
Vino una ráfaga
y se llevó la ceniza...
Y, de toda aquella fulguración esplendorosa,
quedó tan sólo una mancha en el suelo,
negra, entre las piedras nudas,
y las espinas de la dolorosa nostalgia
de esa llama, que parecía eterna,
quedaron para herirme implacable
el corazón y el alma...
. . . . . .
¿Todo será así sobre la tierra?
¿Luz,
llama,
ilusiones doradas
y el viento que se lleva la ceniza de nuestros ensueños?
¿Y una herida abierta
que sólo el sepulcro cura
bajo las sombras del silencio eterno?"

* * *

Gimió el viento afuera,
gimió el viento adentro;
afuera el viento se llevaba las hojas,
adentro el viento se llevaba las ilusiones;

y a la desnudez de las ramas de los árboles, afuera,
se casaba la desolación pungente del corazón, adentro;
y el eco, adentro y afuera, repetía:
"¿Todo será así sobre la tierra?"

* * *

Reclinóse el caminante sobre la hierba seca,
del campo.
Miró las estrellas centelleantes,
arriba.
Y, así se quedó, mudo, fija la mirada
en la bóveda.
Repentinamente, de una estrella brilló intensa la luz
y con sus rayos se formó una figura angelical
que vino hacia él.
Voló, voló mucho por el amplio éter
hasta que, serenamente, se colocó a su lado;
y, con su vestido de gasa,
le secó las lágrimas que rodaban de sus ojos.
Y la figura angelical le habló:
"Yo fuí como tú;
quemé mis esperanzas en la llama de muchos fuegos,
hasta dejar las fuentes de la vida
como cisternas rotas, agostadas;
hasta que la existencia se me convirtió en tormento
y el camino de mi andar en sendero de espinas.
Caminé en el fango
y mi alma perdió la visión del más allá.
La noche negra,
la noche eterna,
la noche sin voces
me esperaba al concluir de mi jornada.
Fué entonces cuando al borde de un pozo,
en Samaria,
se sentó un día un Peregrino
que me pidió agua para beber,
—a mí que estaba sedienta.
Pero yo no le dí agua
ni llené mi cántaro en la fuente.
Aquél que me pidió que le saciara su sed

a mí me dió de beber
en la cantimplora de su espíritu.
Y de su seno trajo un rayo de luz
que encendió la pira apagada del altar de la vida;
y, borrando, con su compasión infinita,
las marcas negras de mi camino,
me dijo,
indicándome otra vía:
"Vete y no peques más..."
Y, del fango,
brotaron lirios;
y, de la noche,
brilló la aurora;
y, del dolor,
sonrió la promesa eterna;
y, de la vergüenza,
surgió el nuevo poema de amor;
y, de la mujer pecadora,
nació el ángel purificado de la luz;
y, de la ceniza de la carne
voló, hacia el espacio, el ave fénix del espíritu.
A ti el Cristo te dice,
al borde del sepulcro de tu pasado:
"Levántate y anda."
Olvídate, sí, hermano de lo que atrás queda,
fija tu mirada en lo infinito;
junta las energías que te restan,
prosigue.
Hay siempre otra meta para el que no se desespera;
hay siempre otro mañana para el que no se detiene;
hay siempre otro canto nuevo para quien no enmudece;
hay siempre luz para el que no insiste en andar en las tinieblas.
Hermano:
Todo amor que se expresa en nobleza,
todo afán que se consume en bien supremo,
todo esfuerzo que se agota en misericordia,
toda agonía que se debate en justicia,
no se pierde,
aunque sobre la tierra no reciba premio:

todo eso continuará viviendo.
Y se juntará,
en eslabón inquebrantable,
a todo lo bueno,
a todo lo santo,
a todo lo justo,
a todo lo verdadero,
que en el futuro coronará
de gloria y de paz,
en el seno del Universo,
la obra de aquellos que, al cargar con su dolor,
supieron tejer en su alma una aurora inmortal de amor.

Buenos Aires, abril de 1943.

Hay una Música Dentro de Mí

HAY una música dentro de mí,
música de la noche,
en el silencio,
cuando el mundo allá afuera duerme,
y brillan las estrellas,
o sopla el viento,
o canturrea la lluvia,
y mis libros se alinean silentes sobre la mesa,
mudos, después de haberme hablado tanto...

Es música que nadie oye,
a no ser el oído de mi ser más íntimo
en la cámara de mis recuerdos...

Mi corazón parece estar cansado de latir,
mis labios están callados,
callados los cuadros en la pared,
las rosas se deshojan silenciosas, del vaso,
sobre el estante:

hermosura que se escapó
y perfume que se voló.
Queda conmigo el recuerdo de colores vivos,
de olor suave,
de manos gentiles que allí las pusieron...
...y la música secreta
que canta en mi alma a la sordina
la romanza interminable de la nostalgia
de cosas que fueron y de otras que serán...

* * *

La noche está bien entrada,
muy entrada.
Es la hora en que cierro al mundo lejos de mí—
hombres y mujeres,
afanes y problemas,
ansiedades y luchas—;
y me pongo a escuchar la música de mi ángel interior:
ese ángel que vela en nosotros,
recamando nuestra fantasía de ensueños
y tejiendo en el alma la textura de la esperanza
que sopla sobre ella la niebla de un más hermoso porvenir.
Déjome reposar al murmullo de esa cascada musical
de mis fibras
que, en notas sedativas, me calma el ansia
e invita a mis ojos a que se cierren
como si sobre mis pupilas rozasen alas de seda
invitándome al ensueño,
—canto mío de cuna,
al niño soñador que está siempre dentro de mí
y que aun desearía correr tras las mariposas
por las praderas sembradas de flores vivas y olorosas...

* * *

He visto las hojas de los árboles caer,
una a una,
en la fría acera insensible,
donde caminan con pasos ligeros los hombres,
por la mañana y por la tarde
al ir y volver de sus labores...

Y, ahora, en mi música íntima oigo las hojas del otoño caer,
una a una,
en doliente cadencia:
cadencia de los años míos
que dejan tras sí el eco sordo de un último adiós...
Cada hoja que cae es una nota que gime.
¿No la oyes tú gemir?
¡No! ¡No la oyes!
Pero gime lo mismo,
cual acorde de violín que llora un suspiro al viento...

Pero esta música íntima
es armonía que no se muere;
es mi propio yo deshojándose en sonidos
para embalsamar las heridas del camino
y para que, mañana,
con la ayuda de Dios,
pueda yo continuar mi peregrinar,
mirando con la frente erguida al sol,
para añadir otra estrofa al poema heroico
que deseo y quiero que sea siempre mi vida.

Tú no la oyes,
pero asimismo hay una música dentro de mí.
Quiera el cielo que yo la oiga siempre,
hasta que escuche otra,
eterna,
que los violines angelicales tocarán
al mecer con armonías celestiales
las esferas que ruedan por los espacios,
brillando con la luz inextinguible,
que, del corazón del Padre, se derrama
en poemas de amor por todos los rincones del universo.

15 de mayo de 1942.
media noche

El Deber

EL DEBER es lo que os liga a la silla,
o al martillo,
o a la máquina,
o al arado,
aunque vuestros miembros estén cansados
y os ardan los ojos,
y tengáis deseos de huir,
de ir lejos,
y dejaros caer inmóviles sobre la almohada,
donde desearíais soñar
esos ensueños de ángeles
que recamaban vuestra imaginación
cuando vuestra madre os cantaba ese cantar
que fué cantado a todo niño:
cantar de mi niñez,
de tu niñez...
cantar del reposo confiado
que ahuyenta las sombras de la noche
adivinando la luz sonriente de la aurora que despunta.

Es apretar los dientes,
forzar los músculos,
frenar la impaciencia del corazón rebelde,
y mutilar las alas de la fantasía,
para quedarse firme,
impasible,
inflexible,
en el puesto de honor,
venga lo que viniere,
dure cuanto dure el esfuerzo,
sea tenue o fuerte el dolor,
promisorio o amenazante el futuro,
pródiga o adversa la fortuna.
Puede el que lucha, caer;
pero es el caer con la frente erguida,
ios ojos alzados hacia el cielo,
y aunque las manos estén manchadas de sangre
es la sangre que sale de las heridas
formadas en la agonía honorable
de quien ha buscado con afán, alejar las espinas de su camino...
Las gotas de sangre, empero, se abrirán
en el jardín de Dios,
en rosas rojas deshojándose en belleza eterna...

Buenos Aires, 20 de junio de 1942.

Una Piedra

HA VENIDO de lejos,
la hallé entre la nieve caída la víspera
sobre y al pie de los Andes.
Descendido ha de las altivas montañas
hasta el río revuelto de amarillas aguas
que borbollea contra las rocas.
¿Cuánto tiempo estuvo rodando?
¿Por cuánto tiempo ha sido rozada
por el viento, la nieve, el agua y el sol?
¡Tan redonda es!

Silenciosa y quieta,
descansa ahora sobre mi mesa de estudio
para que el viento no se lleve mis papeles.
La miro en la noche,
noche de invierno,
noche sin luna
y sin estrellas.
Me pregunto: "¿Se habrá encapotado el cielo
porque está con frío?"
—"Díme, Piedra, ¿cuál es tu historia?"
No me contesta.
Allí se queda muda, sobre los papeles blancos.

Háceme recordar, sin embargo, del agua del río,
a la margen del cual la recogí,
y me transmite el frío de la nieve de la montaña.
No es, pues, del todo inútil su presencia:
trae consigo un recuerdo
y un mensaje de la potencia creadora de Dios.
De los pliegues de mi alma
surgen recuerdos del Evangelio eterno:
"Tú eres Pedro
y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia."

* * *

Y la Piedra que reposa sobre los papeles
me insinúa, entonces:
—Tú, también, como aquel Pescador de Galilea,
eres Pedro.
—¿Quién? ¿Yo?
—Sí, cada cristiano será una roca.
piedra del gran edificio indestructible:
la "Ecclesia".
Sé tú como yo, continúa sugiriéndome la Piedra;
sí, como yo, sé duro:
duro contra el mal y la tentación;
como yo, sé inflexible:
inflexible frente al deber;
como yo, sé fuerte:
fuerte frente a los embates de la vida;
como yo, rueda,
rueda, pero no te deshagas,
rueda, pero no cedas.
He rodado mucho y he disminuído,
pero no he sido como la mimbrera
que se doblega a todos los vientos;
tú, como yo, sobre ti y siempre
deja pasar el viento, la lluvia, el sol, la escarcha, la nieve,
y sigue rodando, rodando, rodando...

—"Como yo, siguió susurrando, sirve:
a mí me podrían usar para construir:
casas, canales, caminos...

Sé tú casa, donde vivan nobles ideales,
sé tú canal, por donde fluya libre el pensamiento,
sé tú camino, por donde pise la verdad con pasos eternos...
Yo fuí, soy, seré
siempre yo misma—
Piedra.
Inmutable sigo mi destino.
Ayer al pie de los Andes sublimes,
ofreciéndome al que pasaba;
hoy sobre tu mesa sembrada de libros,
sujetando los papeles de tu meditar;
¿mañana?, no sé...
Pero, mientras esté aquí te diré,
mañana, tarde y noche:
"Tú eres Pedro,
y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia."

Buenos Aires, noche del 23 de junio de 1942.

El Verdadero Dolor

EL VERDADERO dolor es el que nadie entiende,
y nadie puede consolar,
y nadie puede compartir.
Es el dolor que solloza,
y clama
y desgarra
dentro de nosotros;
de día,
y de noche;
cuando surge el alba
y cuando se ahoga el día en las tinieblas;
en esa doble tiniebla:
la de la noche
y la de la desesperación.

Es el dolor más intenso que la misma fe,
pero que la fe sostiene, alimenta, intensifica
y le hace vivir más hondamente,
transformándolo:
en rosa clavada de espinas,
en sonrisa que destila lágrimas,
en perfume que se desvanece en suspiros
en belleza que se deshace en gotas de sangre. . .

Es el dolor maestro de la vida
que mata en nosotros lo trivial
y lo carnal,
y da alas al espíritu,
para que éste, sobrepasadas las nubes,
en pleno dominio de las estrellas,
guste del misterio de las cosas etéreas
y pueda ascender,
peldaño a peldaño,
la escala redentora de la renuncia
y del amor.

Es el dolor de Cristo,
sobre la Cruz
que clama:
"Dios mío, Dios mío,
¿por qué me abandonaste?"
Y que, después, entona hosannas de triunfo
en las arcadas de la Eternidad.

Buenos Aires, 27 de junio de 1942.

¡Nostalgia!

NOSTALGIA!
Es viento que llora entre las ramas,
continuamente,
dentro de la floresta espesa de nuestros recuerdos.
Es riachuelo que murmura,
incansablemente,
entre las dos márgenes de nuestra vida:
el ayer que se fué
y el mañana que vendrá.

¡Nostalgia!
Es la primera estrella de la noche
que nos habla de voces que se alejaron en la oscuridad. . .
y es el postrer astro que brilla esperando la aurora
y que nos recuerda la silueta desvanecedora de ensueños:
ensueños que todavía palpitan en los repliegues de nuestra esperanza.

¡Nostalgia!
Es un suspiro,
un ay,
una mirada,
un apretón de manos,
un pañuelo en la lejanía,
y una lágrima surcando el rostro de la persona amada. . .

¡Nostalgia!
Es una sonrisa,
o una carcajada cristalina,
un rayo de sol en la ventana,
un aroma de rosas y violetas,

un doblar de ramas bajo el peso de dulces frutos
en el jardín.
O es una abeja que zumba,
una mariposa que revolotea,
un pájaro que pía
entre las flores
en mañana de primavera.

¡Nostalgia!
Puede ser un paisaje agreste,
frente a un cielo que se disipa en la distancia,
entre tintes rosados,
con un árbol solitario que se levanta en la inmensidad,
orando en la tarde que se desvanece.
O puede ser la noche que empieza a mirarse
en el espejo del lago,
mientras la abuelita,
arrimada al fogón,
teje las medias gruesas para el nieto,
que, mañana temprano, tiene que ir a la escuela,
con los pies calentitos.

O es el lloro doliente del teru-teru
que vela sobre el silencio de las casas dormidas. . .

¡Nostalgia!
Es un despertar,
con el beso de la madre sobre la frente;
la taza de la bebida reconfortante,
que humea en círculos ascendentes en la atmósfera hogareña,
mientras crepita la leña en la estufa
y el reloj marca los pocos minutos que faltan
antes que empiece la tarea de cada día. . .

¡Nostalgia!
Es un lamento,
un sollozo,
un susurrar de voces angustiadas
en la inevitable pesadumbre del dolor inconsolable:
hilo que se ha roto,
esperanza que se ha deshecho,

vidrio partido que no se rehabilita,
migajas de la dicha en el camino. . .
un sauce triste que llora a la margen del río,
llora el agua, que se va
y no vuelve más. . .
. . .nunca más. . .
y que parece preguntar:
¿A dónde te vas ¡oh! agua?
¿Por qué te vas y yo me quedo?
¿Cuánto tiempo aquí me quedaré?. . .
Es recuerdo mixto
en que se mezclan lágrimas y sonrisas,
conquistas y afanes,
triunfos de la vida
y olor de flores marchitas. . .
Es deseo porfiado
de volver a poseer lo que se ha perdido,
de resucitar afectos fenecidos,
de ver lugares queridos
y de estrechar manos amigas.
Es ansia incontenible
de volver a oír aquella dulce melodía,
que venía de lejos,
y que se perdía en la noche de plenilunio,
junto al rumor sordo del agua
que, de la montaña, corría al valle,
mientras el caballo golpeaba con los cascos
  las piedras del camino
y nosotros pensábamos que éramos caballeros andantes
en busca del país adánico,
donde no se marchitan las flores
y el dolor no tiene entrada. . .

¡Nostalgia!
Eco de lo que se fué.
Es Adán mirando hacia atrás,
al Edén perdido,
mientras ante sí están espinas y cardos:
ofrenda del desierto sordo y mudo,
anunciando días solitarios
y vientos despiadados.

Es Moisés en el Monte Nebo,
entre la tierra de su esclavitud y de sus peregrinaciones
y la tan suspirada Canaán prometida
que se entrevé en la lejanía
y que su pie no conquistará.

Es la voz de Dios,
en los labios de Jesús,
que agoniza sobre el madero infame,
delante del mundo desierto de amor,
que exclama: "Tengo sed".

¡Nostalgia!
Voz del pasado que cuchichea en el presente;
mas no sólo eso.
No es únicamente lo que parece muerto
y lo que ha quedado atrás.
Es algo más.
Es también anhelo,

el profundo anhelo de que todo lo hermoso y bueno
que se fué
y que amamos,
vuelva, resurja y viva,
más noble e intenso,
inevitablemente,
en llama que llegará al Cielo
desde el altar encendido por el corazón ardiente,
en el valle, en el monte y en el llano,
para que brille sin desmedro,
persistentemente,
en la pira encendida por Dios
en la madrugada de los mundos,
cuando el prístino soplo de amor hizo temblar la primera flor,
ruborizada,
al calor del primer rayo de sol que pudo,
desde el fango miserable,
hacer sonreír el ensueño primigenio
de hermosura, de luz y de colores . . .

Buenos Aires, 7 de julio de 1942.

Invierno

¡EL VIENTO está tan frío!
Hay muchos árboles desnudos,
pocos cantos en los aires
y belleza pobre en los jardines.
Han caído heladas,
las noches han sido largas
y por los rincones está gimiendo,
en suspiros sutiles,
el propio espíritu de la nostalgia.

Los vestigios de las hojas secas,
del otoño,
se han ido.
Ramas desnudas,
castigadas por el pampero inclemente,
ocultan, dentro de sí, sin embargo, la savia de la vida:
el ímpetu encubierto de la próxima resurrección,
en primavera.

Las chimeneas de los rascacielos
despiden olas oscuras de humo
que suben en espirales,
se alejan
y se esfuman en el amplio horizonte,

por sobre los techados
allende el río . . .
Ese humo nos habla de viviendas confortables,
donde, en el sopor del ambiente,
se espera con satisfacción, la caída de la noche
y la cena . . .

La imaginación, sin embargo, pasea por otros lugares,
por esas calles a trasmano,
y entra a curiosear por los conventillos.
Adentro:
piezas mal iluminadas,
aire viciado,
muebles estropeados.
En un cuarto se amontonan todos:
chicos y grandes;
allí se resume todo el hogar:
sala, dormitorio, cocina . . .
mezcla apretada de cosas y de gente.
Afuera:
el patio angosto;
sin lugar para césped y flores,
espacio irregular avaramente medido,
donde juegan niños,
estregan la ropa las madres
y se lavan el rostro bruñido los obreros
al volver de la lucha cotidiana,
esos mismos obreros que construyeron,
con sus manos callosas,
los rascacielos que lanzan ese humo al aire . . .

Y por la noche,
cuando las ramas,
alla afuera en la calle,
son sacudidas por el viento,
y el rumor del tranvía hace trepidar la vía;
en la retina de los viejos habitantes
de los conventillos
téjense cuadros en la lejanía:
es el lánguido rehuir del caudaloso Guadalquivir
o la visión fugitiva de las hechizadas tierras de Sevilla

o de los pródigos viñedos de Málaga;
o es el claror del humeante Vesuvio sobre el golfo azul
o la fuga de la góndola negra en los canales de Venecia;
o es el fluir del Rín legendario de la rubia Germania . . .
Recuerdos de la distante infancia,
sueños de la adolescencia
y proyectos de la juventud romántica.
¡América! ¡América!
Tierra de promesa y de leyenda,
oro, plata y esmeraldas . . .
Después vino el cruce del mar inmenso,
días y días de interminable espera sobre las olas,
finalmente apareció la costa tan suspirada
el Río de la Plata, Buenos Aires . . .
Pero pasa el tiempo
y el hermoso ensueño de riquezas y glorias se va,
se esfuma . . .
Todo se reduce al salario insuficiente,
al trabajo duro y continuado
y al conventillo . . .
y esos días eternamente iguales,
en que se esperaba un mañana más prometedor
que ¡quién sabe si llegará!

¡Invierno de los árboles!
En primavera reverdecerán las ramas.
¡Invierno de la sociedad!
¿Cuándo reverdecerán para la sociedad
las ramas que ha desnudado la injusticia?
De esa sangre que baña tantos campos,
valles, montañas y pueblos,
que es absorbida en la vorágine espantosa de los océanos,
o por la arena cálida de los desiertos,
o que gotea de los aeroplanos de alas rotas,
¿surgirá, oh Dios, el nuevo mundo?
ese mundo de justicia
donde al abrigo de tu amor
podamos respirar para siempre auras de primavera,
sin que debajo de las ramas desnudas
de los árboles invernales
lleguen a ti las imprecaciones de aquellos

que, habiendo levantado los rascacielos,
viven ahora,
miserablemente amontonados,
en los conventillos de las grandes ciudades;
porque en Tu ciudad no habrá,
¿no es cierto, oh Dios?
ni rascacielos, ni conventillos,
sino sólo las moradas eternas
que tus manos cariñosas han construído
para aquellos que, en Cristo, se hicieron hermanos.

Buenos Aires, 28 de julio de 1942.

¡Sígueme!

Y LA VOZ misteriosa
llevada sobre las alas de los vientos,
susurró en insistente invitación:
"¡Sígueme!"

—¿Seguirte?
dijo el joven soñador,
que sobre la montaña miraba el distante horizonte,
¿Cómo lo haré?
Yo vivo del cielo azul
y del aura dulce.
Me gusta levantarme de madrugada
y contemplar el rayo de sol
que se baña en el rocío,
que la noche depositó en las corolas
que los ángeles tejieron
mientras la luna confabulaba con las estrellas
y los pájaros reunían en sus pechos
esas notas canoras de sus cantos
al descansar sus alas en la quietud de los nidos...
¿Seguirte?
No puedo.
¿Cómo puedo dejar de oír el gemido del viento
en las ramas,
cuando en la tarde muere el día
y la nostalgia suspira entre las flores

su cantata agridulce de ayer, de hoy y de siempre?
Mi alma vive de la poesía de las cosas
chicas y grandes,
de la aurora y del ocaso,
pájaros y flores y colores y cantos
todo eso es mi vida.
No; antes ven tú conmigo.
Yo te enseñaré el camino de la alondra
en el cielo;
yo te indicaré la vereda de la hormiga
en la pendiente;
conmigo correrás tras la festiva mariposa
de alas de oro
y aprenderás un canto nuevo:
el canto de la libertad,
al aire libre,
frente al cielo azul
donde el espacio inmenso te inunda
cuerpo, alma, espíritu
en rapsodia enervante de lo infinito . . .
Mas la voz susurrante no calló;
se convirtió en sollozo,
cual del viento que ulula al huir
de prisa por un pasaje angosto.
Y el joven soñador tembló
pues en el sollozo había un triste presagio:
presagio de pérdida irreparable
y de dolor inconsolable.
Y en la madrugada siguiente,
al contemplar el césped bañado de rocío
halló escrito,
en caracteres de sangre:
". . .el que quisiere salvar su vida, la perderá. . ."

* * *

Del valle subió a la montaña,
en día inesperado,
el rumor sordo e insistente de voces airadas,
eco de contiendas,
resonancia de conflictos y de choques;

y por el aire se volcó un ambiente de pasiones enardecidas,
cual si hubiesen estado comprimidos, al acecho,
largo tiempo, en pechos humanos.
Y el cielo azul se coloreó de rojo,
la atmósfera se hizo grave de humo
que en oleadas subía desde las chozas incendiadas
del valle.
Y, al estrépito de voces,
se juntó el rozar de hierros
y el estruendo de la pólvora:
confusión de clamores, gritos, protestas, maldiciones . . .
Y, al fin, por la cuesta subieron,

en persecución los unos de los otros,
los hombres airados
en cuyos ojos centelleaba el odio incontenido.
Y bajo los árboles de hojas rotas
y en el césped bañado de sangre
quedaron dispersos los cuerpos inertes
de aquellos a quienes el acero había abatido.

* * *

Con la noche volvió una relativa calma.
Arriba brillaban las estrellas silenciosas,
del valle subían todavía nubarrones de humo
de los incendios agonizantes.

A la avalancha de odio sucedió una ráfaga de desesperación,
y de dolor.
Por sobre la desdicha humana suspiraba
el propio Espíritu de Dios.

* * *

Desde su estancia montañesa
miraba el joven soñador las ruinas humeantes
del valle,
y del monte.
El odio no había,
no, no había perdonado al monte su quietud.
Césped, flores, pájaros, árbol y poesía
habían sido volcados por el turbión de las pasiones
de los hijos del valle.
La sangre había regado los senderos de la cuesta altiva
y la muerte había hecho sentir todo el frígido horror
de su carcajada fatal.
La miseria, la desdicha, las inconsistencias
del valle,
habían enviado sus destrozos miserables
a las alturas alejadas
en una lección tremenda y dura.
Nadie puede ser feliz y dichoso en la montaña
cuando en el valle se sufre, se lucha, se odia.
Nadie puede de continuo mirar a las estrellas
cuando hay hermanos que caminan en el fango.
Nadie puede respirar siempre el aire puro
cuando en los conventillos hay piezas infectadas
Nadie puede gozar avaramente la belleza encantadora
mientras el pecado siembra de manchas y espinas
la vía dolorosa de tantas vidas . . .

* * *

De los ojos visionarios del joven
surgió al fin la lágrima,
signo de simpatía y de solidaridad.
Miró hacia lo alto,
hacia esas estrellas amigas de sus sueños.
Allí estaba la Cruz del Sur,
como siempre bella y soberbia.

Pero en esa noche había algo de extraño en ella,
¡tan roja era!,
como si hubiera subido del fuego de las chozas
del valle.
Cruzaba, al fondo, la palabra desafiante
SIGUEME.

Entonces y solamente entonces,
comprendió el sentido de la vida.

Ya no pudo vivir solo en la montaña
en el avaro placer de su visión de la vida.
Bajó al valle.
Caminó entre las ruinas de los hombres
y les ayudó a levantar los muros caídos
y a remover los escombros amontonados.
Sus manos prodigaron caricias a los caídos,
sus labios cantos y bendiciones a los desolados,
su corazón simpatía y amor a los despreciados.
Y, en ese confundirse de su alma montañesa
con el alma del valle
surgió una comunión de ideal supremo.
Fué sólo cuando monte y valle enviaron un canto único al cielo
que la montaña pudo conservar su armonía.

* * *

Cuando el joven volvió al monte,
muchos años más tarde,
a reposar su cuerpo cansado;
mientras los pájaros cantaban a su paso
y él miraba el valle sereno
por sobre los rojos techos de los hombres,
en paz,
vió una mano herida que escribía,
en forma de arco de triunfo,
la leyenda inmortal:

"CUALQUIERA QUE PERDIERE SU VIDA LA SALVARA"

Buenos Aires, 8 de agosto de 1942.

Hay un Silencio Dentro de Mí

CUANDO contemplo,
en la mañana sonriente,
una bella rosa roja
—carcajada ardiente de colores—
bañada de rocío,
acariciada por suave aura
bajo la bendición del sol,
y oigo el canto de un ave
que brinca de rama en rama:
hay un silencio dentro de mí . . .

Cuando miro a una madre
besar los labios inocentes y dulces
y las manos puras e inquietas
de su criaturita
—flor en carne de su ensueño de amor—
y oigo la risa cristalina de júbilo
del pequeñuelo
que se siente muy feliz:
hay un silencio dentro de mí . . .

Cuando debajo de un árbol
a la sombra de las ramas,
descanso sobre alfombra verde
la cansada cabeza,
y a mis pies rumorea el río
manso, claro, limpio de aguas
entre rocas y sinuosidades:
hay un silencio dentro de mí . . .

Cuando en la noche silente,
sobre los techados vela la calma
y las estrellas centellean
y entre las ramas de los eucaliptos
se filtra la luz de la luna
y el alma está de hinojos
ante la inmensidad majestuosa de la bóveda:
hay un silencio dentro de mí . . .

Cuando en la tarde moribunda
del invierno que se despide,
el aire se entibia
y se tiñe de rojo el horizonte
—incendio de nubes en la lejanía—.
y, en un rincón del huerto,
el duraznero luce su nuevo traje,
esas mimosas florecillas fragantes
que preanuncian la venida de otra primavera:
hay un silencio dentro de mí . . .

Cuando todo es quietud,
en la noche,
y secretea la nostalgia dentro de mí
—nostalgia de algo sublime
que fué sueño
y que fué aurora—
y nadie está a mí lado
y el reloj de la torre austera registra,
en campanadas somnolientas,
las horas que ha tragado la eternidad,
empujando el pasado hacia el porvenir:
hay un silencio dentro de mí . . .

Y al caer de rodillas
frente al Espíritu Inmortal del Universo,
el que preside nuestro destino
acá y en el más allá,
y después de haber mirado
frente a frente con mi conciencia
vigilante y acusadora
el rostro puro del que murió en la Cruz,
sin que brote una sola palabra
en mis labios sellados,
porque sus ojos brillantes lo dicen todo:
hay un silencio dentro de mí . . .

Pero de cada minuto de silencio
pasado así en estática contemplación
en el místico sentir de lo invisible
y en comunión estrecha con lo inexplicable,
de cada salto en la quietud,
como si fuera en aguas lustrales,
siento surgir dentro de mí
nueva fuente perenne de energías
que me empuja hacia adelante,
siempre adelante,
en busca de lo que convierta mis búsquedas
de perfección
en poema cantante y hermoso
que celebre
en acentos inmarcesibles
la gloria de Aquél que sembró en mi alma
esta inquietud constante
que es dolor, y placer,
que es agonía y ensueño
y que se resume en el supremo SILENCIO
de mi vida. . .

Buenos Aires, 3 de setiembre de 1942.

Otra Cosa no hay en este Mundo...

OTRA cosa no hay en este mundo
que nos lleve más cerca del Espíritu de Dios
que una noche vestida de estrellas
y de serenidad,
en medio del campo,
entre álamos y eucaliptos,
mientras todo reposa
y sólo el viento susurra armonías indecibles
al filtrarse por las copas de los árboles...

Entonces no hay cosa ni hay ser
que de El nos separe,
interés que se nos interponga,
odio que nos entorpezca,
pasión que nos ciegue
ni dolor que nos abrume.
El yo más íntimo y Dios se confunden
bajo los caminos estelares;
en el abrazo tierno de un Padre
que perdona a su hijo

las andanzas peregrinas
que lo llevaron a los senderos tortuosos
de la duda,
de la desesperanza,
del orgullo,
y del deshonor.

¡Calma de la noche en el campo!
¡Cuánto bien hace al alma mía
un baño en la quietud!
sin que yo vea anuncios luminosos
ni oiga el estridente rozar de ruedas de tranvías
en los rieles,
o el estrépito impaciente de autos en las esquinas—
el mundo con sus ansias, sus luchas, sus asechanzas
y sus dolores . . .

¡Olvidar!
todos nosotros, por un poco, debemos olvidar
lo que somos,
para pensar en lo que debemos ser;
menester es que nos confundamos,
de tiempo en tiempo,
con el Yo inmenso del Cosmos—
Renovación,
Fuerza espiritual,
Dinamismo inagotable,
Bondad Insuperable.

Y nada mejor para eso,
que hacer una pausa
bajo la bóveda poblada de astros,
envueltos en la tranquilidad mística del campo,
el alma genuflexa
en el gran templo del universo,
donde el Oído del Gran Confesor recoge,
con simpatía acariciante
la muda revelación de una lágrima,
y donde, en el suspirar del viento,
entre las hojas,

adivinamos la absolución paterna
al secretearnos: "Vete y no peques más . . ."
o al alentarnos con la dulce promesa,
"No temas, yo seré contigo".

Entonces sí podremos volver a la ciudad
y continuar nuestro camino.
Sólo entonces tendremos algo que dar
a nuestro hermano cansado,
o a nuestra hermana afligida;
porque lo que habrá en nosotros,
en nuestra mano,
o en nuestro pecho,
o en nuestra alma,
no será nuestro
mas de Aquél que solo puede dar Vida y Renovación
y que solo puede crear una noche estrellada
y que solo pudo inscribir en un árbol,
transformado en cruz,
a la vez la más tierna y la más potente exhortación de amor
que se haya proclamado
en la tierra, en el mar y en los cielos

Tarariras, Colonia, Uruguay.

16 de septiembre de 1942.

¡Hay Tanta Primavera Alrededor Mío, Señor!

HAY TANTA primavera alrededor mío,
Señor!
¡Hay tánto sol,
tántas flores,
tántos pájaros volando y cantando,
tánto azul y tánta claridad en el cielo
y tánto verde por los ondulantes prados
que también dentro de mí, siento auras de primavera!

¿Qué hay dentro de mí?
Vive un pájaro que canta en mi pecho
y brinca en las ramas de mi huerto interior.
¿Qué color tienen sus alas?
No lo sé.
Sólo sé que es gentil
y que es bueno;
y de mañana,
y de tarde,

y de noche,
canta, canta siempre,
y en su cantar me dice:
"Mira hacia lo lejos,
mira, sin cansarte, hacia los espacios infinitos..."

* * *

¡Oh, los pájaros que vuelan allí afuera!
Los acompaño con la mirada.
Están brincando en el verde césped,
saltarines, inquietos;
pero ya vuelan:
parten en busca de las verdes ramas de los cipreses;
allí tampoco se quedan mucho,
de nuevo sueltan las alas por el espacio
y se van, se van, se van...
y, ahora, ya se posan sobre la tierra negra,
arada ayer,
y entre los surcos buscan la semilla;
mas dentro de pocos momentos vuelven.
Entre el pasto rumian los bueyes mansos
y sobre ellos revolotean
hasta que uno, dos, tres, cuatro... y casi toda la bandada
reposa sus patitas en los pacíficos animales
que, impasibles, continúan su merienda...
Y de allí se van hasta lo alto de los álamos
para descansar un momento
y lanzarse después al seno del espacio.
Y, así, mañana y tarde,
hasta que al descender de la noche
se refugian entre las ramas,
a la espera de la aurora de un nuevo día:
para cantar un nuevo canto
y para volar un nuevo vuelo...

Y yo le dije,
al pájaro que está dentro de mí:
"¿No quieres tú también, amplia y libremente,
volar por los espacios sin fin?"
Y él me repuso:
"¿Quién te ha dicho que yo no vuelo también

como las avecillas de allí afuera?
Mis vuelos son todavía más largos:
voy donde ellos no van.
Vuelo en las alas de tu inquietud
por sobre campos y valles,
cruzo ríos y océanos,
me remonto y me pierdo en las alturas,
me voy de estrella en estrella,
recorriendo el camino de los astros
para oír entre las esferas la música de los ángeles . . .
Y de todas esas andanzas vuelvo después
para enriquecer tu alma de cantos,
y tu vista de visiones,
para que haya en ti,
siempre,
armonía de primavera . . ."

* * *

¡Qué variedad de matices hay en las flores de los jardines!
Mirad esas coronas de novias—
blancas como copos de nieve—
ramas de ilusiones que se ofrecen con donaire
al que pasa;
hacen contraste con aquellas marimoñas
de tantos colores—
mimosas cabecitas de niñas
que se inclinan con aire picaresco al soplar de la brisa.
Sonríen los lirios albos y los violaceos
a las rosas níveas y rojas;
y los junquillos palidecen frente a los claveles de escarlata,
mientras las calas, como si fueran cálices,
os ofrendan sus gotas de rocío.
Es todo un mundo de aroma, de gracia y de poesía
que os hace estremecer las fibras interiores,
que os lleva a la mansión de la fantasía
y que os da un extraño deseo de ser ángel,
o, aunque fuera,
una mariposa, una abeja o un colibrí,
para besar con suave delicadeza,
para no profanarla,

toda esa frágil y encantadora maravilla
que es obra de arte fina y de pasión ardiente
del Altísimo Soñador y Poeta del Universo.

* * *

¡Cuánta tonalidad en el verde de las plantas!
Allí está el verde austero, serio, casi impasible
de cipreses y pinos
—imagen de personas maduras
que de la vida, han ya gustado todo el sabor;
más allá, el verde desesperado, triste, desconsolado
de los sauces llorones
—cabezas de cabellos revueltos de novias
que lloran desconsoladas un amor que ya no es;
del otro lado, el verde constante, alegre, jovial
de los frutales
—tipo de las figuras ágiles y frescas y lozanas
de la juventud en flor,
que, de la vida, espera ávida
aventuras, dichas y laureles;
y, a lo lejos, se divisa el suave verde, casi amarillo,
de los soberbios álamos
que absorben voluptuosamente
los vivos rayos del sol,
ese generoso fecundador de la tierra,
sonrisa eterna de luz en los espacios
que surge, cada mañana, en el oriente
con estrépito de colores
y que se extingue, cada tarde, en el occidente
en un incendio volcánico de nubes.
Y, delante de todo este verdor,
símbolo de la trayectoria cambiante de nuestra vida,
pregunto al pájaro que vive dentro de mí:
"¿Cuál es el verde de tu elección?"
Y él me contesta ufano y altanero:
"¡En el huerto de tu interior
yo quiero siempre brincar
entre las hojas frescas
de un frutal en flor!"

Colonia Valdense, Uruguay, setiembre de 1942.

Los Cumpleaños del más Chico

Seis velitas tiene la torta
que su mamá y su tía hicieron,
ayer,
para el varoncito menor de la casa
que hoy,
está de cumpleaños.
Dormía ya el pequeñuelo
cuando a la torta le pusieron
esas velitas
que brillarán a la hora del té,
entre risas,
mientras se le deseará,
en cantos,
que, en la vida, sea buenito
y sea feliz . . .

¡Seis años!
Me acuerdo de cuando nació.
Miradlo:

allí está al lado de su mamá,
en la cunita.
Duerme.
¡Tan sereno está
después de tan largo viaje!
Hacía tiempo que se le esperaba
con ropitas lindas
y bordados,
y zapatitos tejidos de lana,
y mil proyectos;
y una lista de sendos nombres . . .
¡Oh, el nombre!
si será un varón . . .
si será una nena . . .
¡Cuántos nombres ha tenido
y cambiado,
antes de nacer!
Y todo eso es por que
esa pequeña gente
que manda anunciar su llegada,
jamás revela cómo era que,
en el país de los ángeles,
se les llamaba.

Y lo veo contar,
en los deditos,
sus pocos años.
¡Ahora ya es "grande"!
Ya necesita de la otra manita
para contarlos todos.
¡Seis!
¡Cómo se siente "hombre"
y ya no quiere ir al jardín de infantes;
con el hermano mayor
quiere ir a la escuela
para aprender todo lo que hay que aprender:
todas esas cuentas de sumar y de restar
y todas esas letras,
y otras más,
con que escribe en todas partes

su rico, su dulce nombre,
pues no quiere que nadie
se lo vaya a olvidar.

¡Cuántos días hace que espera,
con ansiedad,
este su día!
Si contáramos los dedos todos,
de las manos y de los pies,
no bastarían.
Todavía está durmiendo,
mientras yo escribo.
Sereno respira,
cara sonrosada,
bajo las sábanas.
A su lado,
sobre la silla,
están todas esas ricas cositas
que mamá le ha comprado:
el perrito con el moño colorado,
el auto gris de socorro,
y los palos de madera
y la alcancía de loza—
que tiene la forma del Cabildo—
para ver si se induce al pequeñuelo
a salvar algunas moneditas
de manos del pastelero
o de la frutera . . .

Inocente y linda edad
de oro,
cuando todo es sueño
e ilusión,
la vida un canto,
y una sonrisa,
y una torta con seis velitas
un tesoro.
Delante del mundo que te espera,
hijo mío,
mi alma tiembla.

Quisiera conservar toda esta hermosura
y bondad;
esta tu inocencia
y tu candor;
y darte un mundo amigo,
dártelo a tí,
a mil, a millones de niños,
que, como tú, querido,
reclaman de la vida,
paz y felicidad.

Te contemplo
y a Dios suplico
que me ayude a hacer todo lo que pueda
por conservar tu cuerpo, lindo;
tu mente, pura;
y tu alma, alegre
como la de un pájaro celestial.
Con una espina en el corazón
y un suspiro en el alma
y una lágrima en los ojos,
te miro,
hijito mío.
Tu rostro inocente y plácido
me trae a la memoria,
si bien quisiera por ahora olvidarlo,
la inmensa muchedumbre de caras tristes
de tantos y tantos niños,
como tú,
que, bajo el reino del terror,
esperan, a cada momento,
que, del cielo, pueda caer
esa lluvia fatal de juguetes de demonios
que se ha llevado tantos hogares;
tantas manos de mamás,
que, como la tuya, hacían tortas;
tantos corazones de papás
que, como el tuyo, querían para sus hijos
un mundo bello,
un mundo bueno,
y un mundo de amor.

Yo quisiera, delante de tu camita,
hijo mío,
olvidarme de todo este horror,
mas no puedo.
Empero no debo turbar tu sueño inocente:
duerme un poco más en los brazos de los ángeles.
Y perdóname.
Ya no reposarás mucho más
pues la luz de la aurora ya tiñe el cielo
y tú también despertarás.
Vendrás a mostrarme, entonces,
triunfalmente,
todos esos juguetes.
Sobre mi regazo,
abrazado a mi pecho,
me besarás largamente en la frente,
y esos tus besos,
dados con esos pétalos de rosa que son tus labios,
me darán nueva fuerza y fuerte aliento
para que continúe mis peregrinaciones,
en busca, como siempre,
del mundo santo y lindo
donde todo niño tendrá,
un día,
sus cumpleaños, con velitas de colores,
que les desearán,
con su pequeña llama ardiente,
una vida sana,
una vida linda,
y una vida noble.

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1942, 6 de la mañana.

Yo no se el porqué

Yo no sé el porqué
pero amo profundamente a las flores
y más que a todas ellas, a una rosa roja,
sobre mi mesa de estudio,
—roja como la sangre viva de la aurora,
roja como el fuego de las piras,
roja como el sol al tramontar del día—
pues me hace borbollar la sangre en las venas,
soñar,
sentir todo un envolvimiento de belleza
y de dulzura,
y hervir un tumulto de armonías,
que me trasportan primero al éxtasis,
después a la contemplación
y al fin a la quietud,
al silencio . . .

Delante de la belleza ardiente de colores
de una rosa roja,
sintiendo su perfume delicioso

penetrar hasta el templo interior de mis ensueños
cual incienso raro de madre natura
esfumándose de ese turíbulo aterciopelado
que son sus llameantes pétalos,
siento el deseo más hondo de ser bueno,
de poseer un espíritu hermoso
y lindo
—como el de la propia rosa
que todo lo da:
hermosura,
aroma,
gracia,
sin nada pedir,
a no ser el favor de llenar de consuelo nuestra vida,
y de compartir nuestras esperanzas
y dolores,
con esa noble simpatía
que, sin palabras,
ya lo dice todo
porque todo lo ofrece
sin exigirnos nada . . .

Sin tener manos,
nos acaricia;
sin tener labios,
nos besa;
sin tener lenguaje,
nos habla.
Todo está en su sonrisa,
en su perfume,
en su gracia.
No es el mucho hablar,
ni el mucho poseer,
ni el demasiado presumir,
el bien de la vida.
A veces un blando sonreír,
un mudo ademán,
una tierna mirada,
pueden convertirse en todo un mundo de gracia,
en todo un tesoro,

en toda una vida,
para un alma solitaria
y soñadora . . .

¡Oh! deja que haya siempre
una rosa roja
sobre mi mesa de estudio . . .
Aunque dure un día,
o dos;
aunque sus hojas,
mañana,
se caigan,
y su perfume sea sólo un ensueño que se fué,
me habrá hecho penetrar en un mundo mejor,
me habrá trasportado al más allá de lo común,
de cada día,
me habrá hecho vivir furtivamente
en el propio pórtico maravilloso del país
donde Dios,
con su dadivoso saber
y arte inimitable,
crea para nuestra más sentida emoción
y cambiante sentir
toda esa multitud sedante
de corolas y pétalos,
recogedores de la angustia de nuestro llanto
o de la carcajada sonora de nuestro júbilo . . .

Y cuando, uno a uno,
los pétalos se caen
y quedan sueltos sobre la mesa
en abandono silencioso,
o van con el viento al suelo,
arrastrados,
la rosa que se deshace me dice
que del sacrificio de sí misma
menester me es que aprenda yo también
a darme con una sonrisa
y a irme sin murmullo

ni lamentación,
dejando caer en el camino escabroso
de tantos hombres,
hermanos míos,
dulcemente,
bondadosamente,
silenciosamente,
pétalos de gracia,
de hermosura,
y de amor...

Buenos Aires, 17 de octubre de 1942.

La Cruz entre las Hojas

PEREGRINANDO en espíritu,
pues no lo puedo evitar,
sobre el mundo con sus dolores hirientes,
viendo las ciudades en llamas
y los cadáveres de miles y miles de jóvenes
sembrados por todos los senderos de la tierra,
me preguntaba en la noche apenas entrada:
"¿Dónde la salvación, mi Dios?"

Y en mi alma había profundo silencio,
largo,
angustioso,
lastimero.
Y no había eco de respuesta.
Sentía un dolor muy hondo—
y un deseo de hacer algo
para aliviar esta tensión terrible del mundo—
algo que no fuese
explosión de violencia,
ni destrozos de odio,
ni olor de muerte.

Miré por la ventana.
Arriba brillaban las primeras estrellas.
En la vereda se alineaban los plátanos,
quietos, en la noche calmosa.
Las lámparas iluminaban la calle;
el estremecer de vehículos presurosos
rompía la quietud de la hora.
Descansé la mirada en las hojas oscurecidas de los árboles.
Por ellas se filtraba la luz de un foco luminoso.
Entre las hojas,
el centellear constante,
formaba los brazos de una cruz;
y, del centro,
más iluminado,
irradiaban por todos lados,
en simétrica disposición,
finos rayos de oro sobre el verde opaco de las ramas.

Esa era la respuesta de Dios
a mi inquietante interrogación.
Sólo de la Cruz del GRAN SACRIFICIO
se irradiará,
sobre el mundo en agonía,
la luz redentora
que dará a las edades venideras
libertad,
justicia,
amor,
nobleza,
y el exacto sentido de la vida.

Y la vista de esa cruz brillante,
entre las hojas,
me dió nuevas fuerzas
para que me levantara de mi silla
y fuera al templo
y dijera a esa prometedora generación de estudiantes
que se recibía
y había ido para escucharme,

que la esperanza de un mundo mejor estaba,
todavía,
en las manos heridas y misericordiosas
de Aquel que envía al mundo
su LUZ y su REDENCION
a través de los brazos de una CRUZ.

Rosario, Sta. Fe, 2 de diciembre de 1942.

(Poco antes de recibirse un grupo de estudiantes del Colegio Americano).

¡Perdón, Señor!

PERDÓN, Señor!
Me has dado tanto
en la vida y de la vida,
cada minuto, cada hora, cada día;
y yo ¡te he dado tan poco!
Has sido tan generoso
y yo ¡tan ingrato!
Me has favorecido con medida colmada
y yo ¡he sido tan avaro!
—contigo
y con los demás—
¡Perdóname, Señor!

¡Perdón, Señor!
Si tú no me perdonaras,
¿qué sería de mí?
Examino mi vida:
¡cómo la hallo acribillada de fallas!
Contemplo mis manos:
¡cómo están vacías de hechos!
Desciendo al fondo de mi espíritu:
¡cómo está pobre de reservas vitales!

Sigo el caminar de mis pies:
¡qué rastro retorcido marca por los senderos!
Y ¿cómo he podido continuar mi jornada?
Has sido Tú, siempre, Aquel que,
cuando yo insisto en precipitarme al valle,
me empuja mansamente hacia las alturas,
y que, dando alas a mi fantasía,
me hace vagar por los espacios insondables
en busca de la Visión
que, sobreponiéndose a mi pequeñez,
me induce a sobrepujarme,
a transformarme,
a redimirme.
¡Perdón, Señor!
Sí, perdóname:
si mi voz es, todavía, discorde
al cantar la sonata de tu amor;
si mi mano es, todavía, insegura
al trazar las líneas rectas de tu hidalguía;
si mi corazón es, todavía, estrecho
para contener la sublimidad de tu gracia;
si mi ojo es, todavía, débil
para contemplar los vivos destellos de tu luz;
si mi ánimo es, todavía, cobarde
para lanzarse a la suprema aventura de lo Invisible.

* * *

¡Perdón, Señor!
Sí, perdóname:
si mi vida está demasiado llena de mi yo,
de este yo egoísta
que quiere siempre ser el vencedor,
que arde en celos,
que quiere imponerse a todos y a todo,
que clama a voz en cuello
por las avenidas de mi ser,
exigiendo el puesto de señor absoluto,
tirano,
dominador,
déspota,

y que, cuando creo que lo he dominado
y vencido,
surge más fuerte y prepotente,
con nuevas pretensiones,
con extraños deseos
y ambiciones desmedidas,
obligándome a severa vigilancia,
a humillaciones frecuentes
a luchas constantes.
Es como si en mí surgiese,
tremenda,
la enconada contradicción de la raza
y, rediviva, clamase en mí la historia
de la incesante contienda del "ser y no ser",
del "ego" y del "alter",
de lo terrenal y lo celestial,
de lo efímero y lo eterno,
del hoy y del mañana.

¡Perdón, Señor!
Sí, perdóname:
si en la crisis tremenda tengo que recurrir a Ti,
y muy a menudo,
para que me salves de mí mismo,
con tu paternal misericordia,
por tu incansable voluntad
en tu incomensurable paciencia . . .
y para que, al entrar de tu Espíritu,
en lo recóndito de mi ser,
mi yo petulante —que no debe vivir—
ceda el lugar al otro yo —que tengo que crear en mí—
ese yo invulnerable
que, en el día del supremo adiós,
pueda, con serena paz,
transponer los umbrales misteriosos
de las Sombras y del Silencio . . .

Al terminar de un año más,
al despuntar de otro,
sintiendo las ruedas del tiempo correr,
vertiginosamente,

sobre los rieles de esta vida,
permite que oiga tu voz de Padre,
decirme:
"Hijo, levántate y marcha.
Aun cuando todos desesperasen de ti,
yo estaría contigo:
porque mi misericordia
es más amplia que tu insuficiencia;
porque mi salud
es más profunda que tus dolencias;
porque mi simpatía
es más fuerte que tu impotencia;
porque mi mano
alcanza donde la eternidad no ha dejado vestigio de sus pasos".

Buenos Aires, 29-30 de diciembre de 1942.

Siempre hay Alguien o Algo...

SIEMPRE hay alguien
o algo
cruzando tu camino
y el mío . . .
Esto es inevitable en la vida,
a no ser que te recluyas en el yermo;
empero allí mismo no te hallarías
siempre solo.
Te alcanzarían tu pensamiento
y fuerzas invisibles más allá de tu poder . . .
Aprende, pues, a ceder el paso,
a esperar . . .

Siempre hay alguien
que quiere adelantársete
en el camino.
No te apresures—
deja pasar.

El día es largo:
haz todas las cosas a su tiempo,
sin atropellos,
sin violencias,
sin ansias inútiles.
Deja que pasen
y, entonces, marcha tú por tu sendero.
No te desesperes,
llegará tu vez.
Aprende a aguardar,
a tener confianza,
a esperar . . .

No es que sea más fácil
el retardar el paso,
ni más cómodo.
Es más prudente.
La carrera veloz puede llevarte al precipicio;
la espera,
al poner a dura prueba tu paciencia,
te puede conducir a la meta suspirada.
Aprende, pues, a retardar tu marcha.

No siempre la palabra que te dirijan
será la que quieras escuchar,
puede ser dura,
o áspera,
o hiriente.
Déjala pasar,
déjala irse;
no la recojas.
El viento a su tiempo,
si sabes callar,
te traerá sobre sus alas
dulces, recónditas armonías
que suavizarán tu decepción,
y harán que, a tu vez,
seas siempre hidalgo al hablar,
de suerte que aquello que te ha dolido
a otros no venga a lastimar . . .

En tu espera
y en tu vigilia
vendrá la tentación—
sonriente,
invitándote a una tarea más dulce,
a una vida más blanda,
a una conquista más fácil.
Querrá apresurar tu destino,
indicándote las alturas
mientras te arrastra al abismo.
Deja que la tentación pase de largo.
Empero, si te asalta
y quiere compelerte a ir con ella;
si busca seducir tu voluntad
y entorpecer tu resolución,
resiste.
Cual muralla, contra el embate,
cual roble contra el viento,
quédate inconmovible.
Cuando haya cesado el embate
y amainado el viento,
tú serás aún tú mismo.
Y si hubieres sido fuerte
y valiente,
aunque quedes herido
y los escombros estorben tu sendero,
no te acongojes.

La espera,
la lucha,
y la agonía
no habrán sido en vano.
En tus ojos refulgirá,
en destellos suaves,
la serenidad de tu espíritu;
como en la sonriente mañana primaveral
brillan sobre las rosas húmedas
las gotas de lluvia del temporal
que azotó de rayos, temblores y sacudidas
la noche que ya se fué . . .

El triunfo,
en la vida,
no es de aquel que se adelanta,
empujando,
soberbio, altanero, prepotente,
pasando por encima de todo y de todos;
es, más bien, de aquel que supo esperar
y ceder el paso,
y respetar en los demás
su propia dignidad;
es de aquel que supo rescatar,
silenciosamente,
de la paciencia sufrida
y de la vigilia angustiosa,
el valor de seguir adelante
después que otros se hayan adelantado . . .

Buenos Aires, 11 de abril de 1943.

Al Contemplar un Horizonte sin Arbol...

HAS VISTO tú, alguna vez,
cómo tiene aire de melancolía
y desolación
un horizonte sin la silueta de un árbol?
La vista no halla descanso,
se pierde en el vacío distante;
y el oído no recibe melodías de pájaros,
que no tienen ellos donde armar su nido
de donde lanzarse en vuelo al espacio . . .
El viajero no encuentra sombra,
donde reclinarse
y seguir, después, su camino.
Y no hay agua de riachuelos
que canturree entre las piedras y las hierbas
y que fertilice las tierras.
El espacio nos devora
y la inmensidad nos aplasta;
el cielo se yergue muy alto
y se extiende perezoso hacia tan lejos . . .

Campiña, sin árbol irguiéndose hacia arriba,
es como cielo sin estrellas;
casa, sin verdes ramas moviéndose en el aire,
es habitación de almas sin visión
y de vidas sin poesía,
que no tienen sed de la lozana primavera,
ni nostalgia del hablar de las hojas
en la tarde o en la mañana,
cuando vuelven o se van las aves
que cantan al sol y al viento
su alegre cantar de ayer y de siempre.

¡Oh! dadme siempre un árbol amigo
bajo el cual yo repose un momento,
cuando estén mis ojos cansados de buscar
y mi mente ahita de meditar,
donde, en comunión con el verde de las hojas,
sienta, de nuevo, frescor de vida en mis venas,
y obtenga renovada visión de hermosura,
y que, al reclinarme en su tronco,
cobre yo aliento,
para que, con los pajarillos que trinan,
suelte yo también mi canto al viento . . .

Viendo las ramas verdes de un árbol,
en la tarde
o en la mañana,
quiero de este mundo partir;
y, bajo la benévola sombra amiga
de un ciprés,
quiero reposar mi cuerpo
en su largo sueño.
Pero, más que un árbol
que me cobije en momentos de hastío;
o que me envíe su adiós,
en la hora de la grande partida;
o me cubra, con sombra de misericordia,
mi sepultura fría,
permite, ¡oh Dios! que dentro de mí

haya siempre un árbol hermoso,
cargado de hojas y de flores
y visitado por aves canoras
que llenen mi vida interior de perfumes y cantos.
Sí, Padre, te pido un árbol bello
que no se marchite nunca
y que yo pueda trasplantar
en el más allá;
en los jardines suspendidos de tus moradas
donde viven contigo y para siempre
aquellos que, en esta tierra,
suspiraron en busca del país eterno de la Belleza.

Rosario, Sta. Fe, 1º de mayo de 1943.

Antofagasta

¡CUÁN VERDE era el musgo de las piedras
que la ola inquieta del mar
venía a besar a mis pies,
en la mañana limpia de nubes
y clara de sol!
¡El Mar!
¡Cómo me hace bien la vista del mar,
ese lienzo inquieto,
cuyas franjas se deshacen en blanca espuma
y que, insistente, sube y baja en olas,
y se extiende,
para reposar después su cansancio,
como en supremo aliento,
en el seno de las piedras y la arena,

cantando al sol, al viento, a las estrellas
siempre esa cantilena eterna
que las sirenas forjaron en el seno de las aguas!

¡Cuán azul era el cielo
que miré
y que me cubría en la mañana!
¡Qué serenidad hizo descender en mi alma!
¡Cielo plácido y mar bullente!
Reposo y movimiento,
quietud e inquietud,
como si cielo y mar tuvieran que enseñarme
una hermosa lección, sugiriéndome:
"En medio del bullicio constante,
abajo,
conserva tu tranquilidad ante la serenidad,
arriba,
hunde tus pies en la ola cambiante de la vida,
pero fija tus ojos en lo inconmovible de los cielos;
arrójate contra la marea bravía,
que te cubrirá de espuma la frente,
pero, después, yérguete entre las olas
para contemplar confiado el arco iris de la eterna paz".

Miré a lo lejos,
en la ancha bahía,
frente a la montaña austera, árida, firme,
que el sol cubría con dorado manto.
Minúscula en la inmensidad del agua,
buscando la deseada playa,
la embarcación, con su vela blanca, navegaba,
trayendo en su seno a los pescadores
que habían ido a buscar,
por las revueltas aguas,
"el pan nuestro de cada día"...
Y entre el cielo y el mar
revoloteaban las grandes aves acuáticas,
de anchas alas,
en busca, sobre la superficie moviente,
de los ignaros peces

que, desde el seno de las olas,
se asoman a espiar el cielo.
Las aves van y ven;
suben y se precipitan
para después reposar sus plantas
sobre las rocas emergentes,
de donde, habiendo hecho breve pausa,
se lanzan para ir más lejos,
cada vez más lejos,
para luego volver;
y así, en continuo movimiento,
pasan el día,
como la masa líquida,
abajo.
Hombres y aves allí están viviendo del mar,
librados, o a sus velas, o a sus alas;
pero en la brega que parece igual
el destino es diverso:
el pájaro un día caerá cansado en el mar
para ser sepultado en sus abismos;
el hombre cesará su dura labor
librando el espíritu hacia lo inconmensurable.

En la tarde que declina
contemplo los cerros augustos de Antofagasta.
Serpentean los caminos por las pendientes abruptas,
por entre las sencillas moradas de los hombres:
son senderos que buscan las alturas
que van hacia arriba
por las sinuosidades del terreno
hasta perderse en las cumbres
como si se arrojaran hacia lo infinito . . .
Una lluvia de polvo de oro,
como sembrada por manos de querubines,
baja sobre todas las cosas
del cielo plácido
cuyo azul se va esfumando
al encuentro de la hora vespertina.
¡Compensación de las cosas!
A vosotros, cerros sin verduras ni flores,

Dios no os ha dado cantos ni perfumes,
pero todas las tardes os viste de oro
y de misterio
y, para dulcificar vuestro austero silencio,
ya que no tenéis bosques ni aves canoras,
os envía sobre las alas del viento
el murmullo sonoro y amigo de las olas;
y en el pecho, en el corazón y en los ojos
de vuestros nobles habitantes,
heroicos luchadores de las minas y de los mares
ha puesto toda la gracia, toda la hermosura y todo el encanto
que debieran sonreír y brillar
en mil jardines lujuriantes de flores.

Y en la noche,
callada ya la voz del trabajo intenso,
silenciosas las calles al pie de los montes,
junto a las aguas siempre agitadas,
(¿que no tiene sueño el mar?
¿que no se cansa nunca?)
miro hacia arriba.
Allá están mis amigas las estrellas—
ojos abiertos en la noche serena.
Al escuchar la onda que me lame los pies,
al fijar la mirada en las estrellas que me iluminan los ojos,
al sentir el viento que me besa las mejillas,
frente a los montes oscuros e imponentes,
siento dentro de mí un efluvio indescriptible,
una ola de sentimientos sobrehumanos,
una sensación agridulce muy honda
que es mezcla de dolor y de alegría,
un deseo de tener alas
y un ansia de confundirme entero,
así como soy,
con esta extraña armonía de las cosas . . .
Y frente a mi impotencia humana,
casi petrificado de emoción,
ante lo sublime,
lo que se siente y no se puede decir,
mis labios se abren tímidos
para sólo murmurar:

"Padre del cielo, de la tierra y del mar,
mil veces gracias,
por la hermosura austera de esta ciudad
y por el amor hidalgo de sus hijos".
Y mientras mis pies me llevan,
perezosamente,
hacia el reposo de la noche,
tengo la impresión extraña
de que, al lado mío, camina,
silenciosa y suave,
envuelta en manto diáfano,
la figura mística de la nostalgia...

Antofagasta, Chile, 14 de agosto de 1943.

Mas Cuando Llegamos a Pama...

DESPUÉS de dos días de sol
y de arena
y de agrestes panoramas,
interrumpidos de largo en largo,
por breves oasis de verduras y plantas,
miré, en la mañana, al primer despertar,
por la ventanilla del tren en marcha.
La primera impresión fué al mirar
con los ojos todavía semidormidos,
la de ver un jardín todo en flor;
pero las flores eran tan sólo las gotas de lluvia
en los vidrios de la ventana!

Mas cuando llegamos a Pama,
en la mañana siempre brumosa y húmeda,
los durazneros estaban en flor!
Lo que mis ojos habían visto en la ventana
no era sino el preanuncio admonitor
de que no hay ramas en flor al viento,
sin que las nubes envíen de lo alto
su vida peregrina transformada en llanto.

Estación Pama, Chile, en el tren que de Antofagasta me llevaba a Santiago. 18 de agosto de 1943.

Puentes sin Agua

Por los desiertos y áridos parajes,
por donde me llevó el tren
por vastas zonas de Argentina, Bolivia y Chile,
ví muchos y bien construídos puentes
bajo los cuales había lechos secos
de ríos, arroyos y torrentes.
Parecían esos puentes sin uso y sin destino,
pues los hombres y los animales igualmente
caminaban por esos lechos pedregosos y estériles
como si fueran caminos muertos
de una fertilidad que no volvería jamás.
Pero esos puentes tienen su misión:
un día, tarde o temprano, la lluvia vendrá
y se adueñará del curso de los ríos de ayer.
Y los hombres y los animales que pasan ahora tranquilamente
por los áridos lechos de las corrientes
tendrán que pasar por sobre los puentes
para ir y venir de sus diarias labores.

En verdad, esta debe ser la misión sagrada
de todo fiel amigo de Cristo:
tender puentes sobre el destino de los hombres
para que bajo ellos pasen las aguas de la vida eterna.
Puede tardar en pasar el agua,
puede ser que no pase nunca,
mas, de cualquier modo y con cariño
haz que tu mano construya los puentes
bajo los cuales pueda fluir abundante
por la vida de tus hermanos de jornada
el agua refrescante de la gracia de Dios.
Lo que hoy te parece un triste desierto
puede que, mañana, sea un lozano vergel;
lo que hoy te parece un lecho seco y árido
puede que, mañana, sea fuente de agua viva
que bañe las llanuras del jardín del Edén.

Santiago de Chile, 19 de agosto de 1943.

Pluma de Pájaro

BAJO LOS verdes pinos del parque,
envuelto en la armonía mística del atardecer,
recogí del suelo una pluma de pájaro,
y con ella tuve un extraño diálogo.
Preguntéle de dónde había venido
y dónde había estado.
Y ella me habló nostálgicamente:
"A un pájaro travieso,
como esos que viste volar hacia sus nidos
y que están cantando el salmo de la tarde,
yo pertenecí.
Con él surgí del huevo materno
y volé el primer vuelo desde el nido,
y, brincando de rama en rama,
lo llevé a las partes más altas del árbol
de donde oteó por primera vez los horizontes lejanos...
Después lo transporté entre los frutales en flor,
a hartarse entre los trigales maduros,
a revolver la tierra arada de los campos,
a beber el agua fresca de los riachuelos cantarines,
a bañarse en los rayos del sol naciente y poniente,
o a refugiarse de la tempestad entre los arbustos.
Lo precipité por los valles
y lo hice ascender hacia las montañas,
en los días de frío y de calor,

con el viento y contra el viento,
en el gozo y en el afán,
hasta que el pequeño corazón que latía dentro de él
un triste día dejó de palpitar.
Entonces fué cuando yo me quedé al margen del camino,
donde tú me hallaste,
llevado por la brisa misericordiosa
en mi postrer vuelo
cual fragmento olvidado de una vida que se fué..."

Y yo le repliqué:
"Dime, del azul del cielo,
y del brillo de las auroras,
y del fuego de los ocasos,
y del temblar del rocío en las flores,
y del vértigo de las alturas,
y de los cantos que oíste,
y del ansia que abrigaste,
y de las peregrinaciones que hiciste,
y de las caricias de la brisa que gozaste,
de todo eso y de mucho más
¿qué te queda, oh pequeña pluma abandonada
del pequeño pájaro que ya no es?"
Y ella me susurró suavemente
bajo el murmullo misterioso de los árboles
en la tarde que se despedía:
"No te importe el destino de las cosas;
cumple, como yo, tu misión en la tierra.
Y después de esto, calla y reposa.
El secreto de todo está en la mente de Dios.
Pero esto sabe:
Todo lo que ha sido hecho
y todo lo que se ha vivido
en amor,
con amor,
y *por* el AMOR
no se pierde nunca:
puede morir la semblanza de su creación
pero jamás el espíritu inmortal que lo creó.

Santiago de Chile, 21 de agosto de 1943.

Escarcha al Sol

AL ABRIR la ventana a la brisa de la aurora,
sobre los techos blanqueaba la escarcha;
y las montañas, alrededor de la gran ciudad,
estaban todavía envueltas en la nieve.
Pero del naciente brillaban los destellos áureos
del siempre incansable y fulgurante sol
para anunciar que la escarcha pronto se ausentaría
y la nieve no haría llegar hasta nos su frescor.

El alma despertó, también, envuelta en brumas,
el dolor del mundo la envolvía en denso manto:
temor, duda, pesar, tristura, la cubrían de espanto:
"¿Qué será, Señor, qué será de nuestro mundo,
bajo el férreo dominio de tanto horror?"

Por entre la niebla de tanta incertidumbre,
el alma inclinóse en silenciosa y breve oración,
y, entonces, desde las cumbres de la fe,
los destellos del sedante amor del Señor
la robustecieron de novel esperanza y vivo ardor
y mucho más allá de los cerros nevados del mundo
y de los valles poblados de brumas
le hicieron ver los durazneros en flor
y un río de aguas mansas y claras
deslizándose entre márgenes de un siempre vivo verdor.

Santiago de Chile, 22 de agosto de 1943.

Gatos Negros

Por sobre los techos, en frente, caminaban dos gatos,
negros como la noche;
y se iban, despacito, despacito . . .
Pero, antes que ellos diesen el salto fatal,
el pajarillo voló hacia el infinito.

Del mismo modo: despacito, despacito . . .
sobre el techo de nuestro diario vivir
camina, con los ojos siniestros, la muerte fatal;
pero, antes que ésta se lance sobre nosotros,
demos alas al alma para que ante el peligro,
también ella pueda volar hacia el infinito.

Santiago de Chile, 23 de agosto de 1943.

Chiquillo de mi Camino

CHIQUILLO de mi camino,
no he podido olvidar tus ojos negros
que, en la estación,
a través de la ventanilla del tren,
me miraban fija y dolorosamente
y con aire aturdido,
como de quien hace mucho tiempo
que no veía una mesa puesta.
No, no puedo olvidar tus ojos negros
que me decían, mientras yo comía:
"¿Por qué tengo yo tan poquito
mientras tú tienes todo lo que deseas?"

Chiquillo de mi camino,
no he podido olvidar tu rostro triste,
de quien está en un mundo ancho y grande
huérfano de cariño,
vacío de esperanza
y falto de aliento.
Esa tu desconsolada, sucia carita
me interroga sin cesar:
"¿Para los niños como yo, señor,
no hay otra cosa que la calle y el viento?"

Chiquillo de mi camino,
no he podido olvidar tu ropa harapienta:
ese saco y esos pantalones míseros
que el viento quería llevarse a pedazos,
mientras tus pies pisaban, descalzos,
las piedras húmedas y frías del andén
en ese día de lluvia y niebla,
mientras yo, calentito y abrigado,
comía en el coche muy tranquilo.
Esa tu ropa rota de niño mendigo
todavía, esta noche, me interroga:
"¿Cuándo, señor, para los niños, como yo,
habrá bastante pan, abrigo, escuela y amor?"

Chiquillo de mi camino,
¡Si tú supieses, realmente, con qué ansiedad
deseé que el tren se fuera presto
para no ver más esa tu mirada triste,
y ese tu rostro pálido
y esa tu ropa en tiras,
y poder, así, terminar en sosiego mi merienda!
Pero en vano se fué el tren;
esas tus gracias que agradecieron mi limosna
quedaron clamando duramente en mi oído:
"¿Para un hambre tan grande como la mía
sólo tan poco me das tú, oh señor?"

Chiquillo de mi camino,
¿cuál era tu nombre?
¿de dónde habías venido?
En balde cierro mis ojos para no ver tu imagen.
Te veo siempre, aquí, allí y más allá,
y venir a mi encuentro de todas partes
para multiplicarte delante de mí
hasta que te conviertes en miles y millones...
En ti se encarnan todos los niños de la tierra
que, como tú, mi chiquillo,
tienen hambre y tienen frío,
andan errantes y no tienen amor.

Por tus ojos, todos ellos me miran;
bajo tu ropa rota todos aquellos tiemblan;
por tu mano, todos aquellos suplican;
y en tu tristura, todos ellos gimen.
Y tras tuyo,
bendiciéndote con ademán de misericordia,
se yergue un HOMBRE,
con la frente surcada por el dolor,
con los ojos severos y penetrantes
que abre su boca para decirnos amargamente:

"¿Empero, no os lo había dicho yo,
y ¡hace ya tanto tiempo!
que no es la voluntad de vuestro Padre,
el que está en los cielos,
que ninguno se pierda de estos pequeñuelos?"

Santiago de Chile, 25 de agosto de 1943.

Flores y Nieves

¿Has visto alguna vez,
un duraznero todo en flor,
sonriendo en la plenitud de su gloria
bajo un cielo ampliamente azul
mientras están brillando a lo lejos,
como fondo,
envueltas en blanco manto de nieve
las cumbres elevadas de la Cordillera?
¡Quisiera que tú vieras, sí,
esa extraña y maravillosa vista!
La Primavera altiva frente al solemne Invierno,
aquélla pareciendo desafiar cínicamente a éste
con una clamorosa sonrisa de triunfo!

Pero lo cierto es que la montaña fría,
allá lejos
fué la que hizo descender al valle

las gotas de agua y de rocío
que convirtieron al lozano duraznero
en esa fiesta floral de Primavera.

Y mientras miras al duraznero en flor
frente a la montaña envuelta en nieve,
considera:
no importa cuánta primavera haya, hoy,
en las ramas frescas de nuestra vida,
mañana, en las cumbres de nuestro existir
brillará la nieve de los años que ya se fueron.
Nuestro máximo enigma será hoy y siempre
el de descubrir el secreto mágico de la montaña:
¡cómo transformar los blancos copos de nuestro vivir
en un eterno y sonriente duraznero en flor!

"El Vergel", Angol, Chile, 3 de setiembre de 1943.

Bajo la Lluvia Iban los Trabajadores

BAJO la lluvia, en la mañanita,
lluvia que ha durado desde hace muchos días,
se me mostró, en la alameda fangosa
desde la ventana de la mansión campesina
el escuadrón, en marcha, de los obreros
abrigados con sus mantas de varios colores
y llevando sus azadones y rastrillos al hombro.

Bajaba la lluvia sobre sus cabezas
y ellos marchaban hacia los campos . . .

Humildes y nobles hijos de la tierra,
sembradores de granos y de energías,
cultivadores de árboles, verduras y flores
que hermosearán en las ciudades lejanas
huertos, plazas, calles y avenidas,
o hartarán las mesas hogareñas
donde se sentarán chiquillos y grandes

antes y después de la labor de cada día,
¡Dios bendiga vuestras manos callosas!
¡Dios bendiga vuestra frente coronada de lluvia!

Este es el pacífico ejército de la vida,
de los verdaderos conquistadores de la tierra,
de los humildes héroes desconocidos de todas las edades,
las pasadas, las presentes y las futuras.
Ellos marchan bajo la incesante lluvia,
en esta mañana fría del tardo invierno,
para que, mañana, haya fresco olor de primavera
y, para los graneros, harta promesa de dorados frutos.

Humildes obreros de la madre tierra,
por cuyo aporte tengo yo el pan de cada día,
mientras pasáis en la mañanita fría,
por vosotros, en mi mente hay una plegaria,
por vosotros, en mi corazón hay un himno de loor,
por vosotros, en mis labios hay un canto de gloria.

En la tarde, mientras pocos destellos de luz
se filtran a través de los nubarrones,
os veo volver, envueltos en las mantas, de los campos,
cansados, pero con el encanto de la labor en el rostro.
Después os acompaño en la capilla rústica
cuyas campanas os llaman a la adoración
en la nostálgica hora vespertina.
Os contemplo fijamente desde el altar,
allí, en los bancos, cubiertos con vuestras mantas
que son poesía del alma campesina y llana
tejidas en estrofas rústicas de lana
calentitas todavía del afecto que las tejió.
Pero no soy yo quien os sermonea,
sois vosotros que me predicáis a mí
y son vuestros ojos los que me exhortan:
"Señor, ¿qué tienes tú que decirnos, si algo,
a nosotros que oímos la música de las madrugadas
y contemplamos la alquimia que tiñe las flores
y que dormimos al son de los vientos en las ramadas?"

Y, mientras oigo en mi ser más íntimo
la voz de vuestra alma reflejada en los ojos,
a lo lejos, en los parajes de mi fantasía,
veo al Buen Carpintero de Galilea curvándose
sobre la vieja barca de Pedro, el pescador,
para que éste se aventure por los mares de la vida
a la pesca maravillosa del Reino de Dios.

Hermanos de los talleres, de los pomares y de los surcos,
con vuestros martillos, rastrillos y azadones,
alzad vuestras manos rudas hacia el cielo
para que llevando el sello de la bendición de Dios
vengan a construir, en la paz, los caminos venturosos
por donde marcharán las huestes de la nueva humanidad

"El Vergel", Angol, Chile, 1-3 de setiembre de 1943.

Pétalos y Espinas de mi Sendero

¡TAN LINDA y fragante estaba,
sonriéndose en el tallo,
la rosa roja de mi rosal,
cuando frenética mi mano se posó en ella,
indiscreta y ávida,
sin considerar que bajo el verde
de las hojas,
ocultábase en acecho defensivo,
la espina cruel!
Sobre el dedo atrevido,
quedó, brillando al sol primaveral,
la gota roja de mi sangre
y, en el alma, un gusto de dolor.

La flor que yo cobijara
para que sonriera sobre mi mesa,
no sólo poseía bellos encantos:
bajo su hermosura triunfante y fresca
ocultaba el aguijón del dolor
—para ella, arma de defensa,
para mí, lección de prudencia;
para ella, contraste necesario de su ser,
para mí, advertencia admonitora de la vida:
en el embrujo de la felicidad frente a los ojos
puede ocultarse la gota de sangre para la mano atrevida.

En la fresca madrugada,
plantas respirando al viento andino,
oigo el pájaro cantar en el patio;
hay cascadas de sonidos en su garganta,
ecos de notas cristalinas en su cantar
cual armonía que viene de muy lejos,
de muy remotos parajes:
una mezcla de olores de campos recién surcados
y de melodías de riachos cantarines,
y de ramas verdes danzando en el aire,
y de alas de mariposas brincando en las flores,
y de frutales estallando en orgías de colores.
Nostalgia hay en el canto del pajarillo
de una vida que ya no es.
En su triste prisión de metal,
con alas que no pueden volar,
su dolor se deshace en cascadas de gorjeos.

Este canto, como el rojo de la rosa,
también tiene sus duras espinas.
Este canto que se lanza al espacio
con este insistente trepidar de sonidos
es el estrujar de la pena en el alma,
frente al sol,
frente a la primavera,
sin libertad de bañarse en el espacio azul.

Pajarillo mío, en esta mañana primaveral,
yo quisiera abrir la vil portezuela
que te conserva cautivo
para que volvieras a los campos de sol:
a los viñedos y a los olivares.

Pero no está en mí el hacerlo.
Con tus cantos despertarás a otros peregrinos
que pasen por este albergue,
cuando en sus lechos se revuelvan inquietos,
en la fresca madrugada,
y, como a mí, esta mañana,
les dirás que siempre le queda al hombre también
la dicha de convertir sus tristes penas en cantos
y su dura prisión en un torre encantada de marfil.

Esto también es la vida:
un deshojar de pétalos de rosas
en la mano herida por las espinas;
un cantar en la madrugada
de un pájaro inquieto y soñador
que, con su muerta libertad,
teje un inmortal poema a la nueva aurora.

San Pablo dice,
en las memorias antiguas de sus andanzas,
que él oró tres veces en fuerte agonía
para que Dios le sacara una "espina" cruel
que desgarraba su carne martirizada;
mas la respuesta del trono celestial
fué contraria a la súplica ardiente del dolor.
La Voz Divina díjole solemnemente:
"¡Séate suficiente Mi Gracia,
el poder se completa en la flaqueza!"

En mi sendero,
a pesar de las agudas espinas,
seguiré siempre recogiendo rosas;
a despecho de las penas de ayer y de hoy,
seguiré siempre cantando el salmo de la vida.

Mendoza, madrugada del día 16 de setiembre de 1943.

INDICE

Presentación 5
Lirios Blancos 7
¡Piensa! 9
Oración 13
¡No Dejaré de Soñar! 17
Cenizas... 21
Hay una Música dentro de mí 27
El Deber 31
Una Piedra 33
El Verdadero Dolor 37
¡Nostalgia! 39
Invierno 45
¡Sígueme! 49
Hay un Silencio dentro de mí 55
Otra Cosa no hay en este Mundo 59
¡Hay tanta Primavera alrededor mío, Señor! 63
Los Cumpleaños del más Chico 67
Yo no sé el Porqué... 73
La Cruz entre las Hojas 77
¡Perdón, Señor! 81
Siempre hay Alguien o Algo... 85
Al Contemplar un Horizonte sin Arbol 89
Antofagasta 93
Mas cuando llegamos a Pama 99
Puentes sin Agua 101
Pluma de Pájaro 103
Escarcha al Sol 105
Gatos Negros 107
Chiquillo de mi Camino... 109
Flores y Nieves 113
Bajo la Lluvia iban los Trabajadores... 115
Pétalos y Espinas de mi Sendero 119

Este libro se terminó de imprimir en los talleres
de la Imprenta Metodista, Fragata Sarmiento
1685, Buenos Aires, el día 14 de
Abril de 1945.

IMPRENTA METODISTA, FRAGATA SARMIENTO 1586, BUENOS AIRES